

MAÑANA

Risueña está la vida. La luz en el paisaje
ondula como un velo dorado y
[transparente...
Canciones de las aves... Rumores de la
[fuente,
y una agreste fragancia en el alto follaje.

LA ÚLTIMA CANCIÓN

Dulce silencio de la tarde muerta
sobre los campos de fragancia llenos,
cuando en el alma una canción remota
llora la ausencia de un amor sereno.
Llegan las sombras hasta los cristales
de mi ventana, insinuando un dejo

de honda paz y beatitud celeste;
y desde el fondo de mi amor contemplo
cómo se alejan las llanuras tristes
hasta tocar la inmensidad del cielo...
Pasa una nube silenciosa y lenta
como la vaga anunciación de un sueño,
y en la lejana soledad se pierde
el dulce canto del postrer labriego...

RECLINASTE EN MI PECHO...

Reclinaste en mi pecho tu cabeza,
temblorosa de amor entre mis brazos.
Levemente tus labios sonreían
y tus ojos estaban entornados...
Así te contemplé por un instante...
y hundí todo mi espíritu en tus labios.

Divagaciones en torno del libro de Juan José Carazo

HE aquí un libro que se nos presenta con la hermosa sencillez de un fruto maduro y jugoso que acaba de desprenderse del árbol.

La vanidad epidémica no ha puesto ni un adarme en la elaboración de sus páginas.

El hombre que lo ha escrito no se tiene por un hombre de Ciencia, ni por un hombre de Arte. Es tan sólo un hombre que se ha puesto a observar con Amor y a contar con pasión lo que ha sorprendido en la naturaleza y en los libros, sin ansias de que su nombre pase a la posteridad, ni de fundar escuela, ni de lanzar verdades incommovibles, de esas que para no ser discutidas se van derecho al fondo, con ánimo de pasar los siglos en una dulce penumbra o en una absoluta oscuridad.

Las plantas le atraen más que los hombres, porque le parece que viven una vida más justa, y de toda su obra se siente levantarse un canto a las plantas parecido a aquel que Walt Whitman entonara al pensar en los animales:

«Pienso que podría transformarme y vivir
[con los animales,
son tan plácidos y se bastan de tal modo a sí
[mismos!
Me detengo y los contemplo largo, largo
[rato.

No sudan ni se lamentan por su condición,
no están desvelados en la oscuridad llorando
[por sus pecados,
no me enferman discutiendo sus deberes
[para con Dios,
ninguno está descontento, a ninguno lo en-
[loquece la manía de poseer riquezas».

El libro de Juan José Carazo es un libro leal que no trata de parecer sino de ser. Díganlo si no la frase tosca, la forma descuidada tirada de cualquier modo sobre el pensamiento limpio y

fuerte como para no escandalizar a los pudorosos con su sana desnudez.

La impresión que deja su autor es la de que al escribir su libro no ocupa una cátedra sino un banco de estudiante; y su libro, la de una obra que no pretende ser definitiva, sino de esas que en vez del punto final categórico tienen al terminar un signo de duda—, y la duda es infinitamente más dinámica que la certidumbre—, un signo de interrogación seguido de unos puntos suspensivos, campo libre para que la Curiosidad y la Esperanza puedan venir a otear el porvenir. El mismo se expresa así en su explicación liminar: «No es eso definitivo, pues más adelante deberá variar conforme vaya variando la visión del hombre, es decir, mejorando».

* *

El héroe del libro de nuestro amigo se llama «ñor Juan», y ñor Juan es Juan José. Y esto de que delante del nombre vaya un ñor y no un don, no es porque de la combinación le resulte un don Juan—, personaje que me atrevo a asegurar desconocido en sus dominios sentimentales—, ni es algo que no tiene sentido alguno en el caso presente para quien conoce íntimamente al autor. La afínesis nos revela su actitud interna con respecto al público que es la de pasar inadvertido como pasaría el anciano solitario, de tosca apariencia, en la Feria de las Vanidades, a quien nunca nadie allí habría saludado anteponiendo un don a su nombre.

El don lo colocan el servilismo y el respeto, en los dueños de riquezas, en los que visten bien, en los maestros y en las gentes de saber. No en los grandes maestros, cuya sencillez es la del mar o del sol en donde el penachillo

de ese adjetivo ni siquiera se echaría de ver, y así se llaman simplemente Sócrates, Jesús, Dante, Tolstoi, Einstein.

Como Juan José no se siente ni entre los primeros ni entre los segundos, inconscientemente coloca el ñor sobre la cabeza de su héroe; y el ñor americano cobra en torno de la frente «alta y limpia» del viejecillo, un aspecto de enmarañamiento luminoso de humildad y orgullo naturales—, que nada tienen que ver con la modestia y soberbia que tanta aceptación tienen entre la hipocresía e insolencia de las gentes civilizadas—, aspecto que hace pensar en el musgo dorado por un rayo de sol que crece sobre la corteza de un árbol hermoso.

* *

Juan José Carazo pone al frente de su libro su nombre, sin pensar que esto de ser autor da cierto prestigio a los ojos del prójimo; al hacerlo lo anima el mismo sentimiento que tuviera al dar el nombre para registrar la partida de nacimiento de un hijo. Al hablar de su obra no lo hace como de una propiedad: lo que escribe está en la vida, y él no hace más que alumbrarlo con los rayos de su entusiasmo para hacerlo visible a los ojos de quienes no habían podido o querido mirar. Lo importante para él no está en su nombre sino en que se mire con amor a sus queridas plantas. Lo importante está en agitar la Curiosidad, sobre todo en el pensamiento de los niños en donde la moral no ha podido aún chupar la espontaneidad. ¡La Curiosidad! la primera de todas las virtudes cuando pone su fermento en una noble inteligencia. El Génesis nos la presenta como la chispa que encendió la vida de la humanidad. Sin embargo, es una fuerza vista generalmente con malos ojos por la Escuela y una de las pruebas es la gran aceptación que tienen ciertas lecturas con moraleja, que tienden a apagar en el ánimo infantil el ansia de buscar para encontrar.

Por sólo esta tendencia de querer darle a la Curiosidad un capital interés en Educación, es hermoso el libro de Juan José Carazo.

Es muy probable que serán muchos los espíritus que saldrán inquietos de esas páginas, deseando comprobar lo que dice Burbank sobre la polinización de las flores o lo que cuenta el autor de la pérdida de las espinas en los rosales que crecen en ambiente propicio, de la generación espontánea y tantas y tantas otras cosas maravillosas.

Y al terminar pienso con cariño y respeto en el amigo que ha escrito este libro, y me parece ver su cabeza altiva e hirsuta que no sabe hacer zalemas